

Hch 4,23-31 • Sl 2 • Jn 3,1-8

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él.» Jesús le contestó: «Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios.» Nicodemo le pregunta: «¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?» Jesús le contestó: «Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: “Tenéis que nacer de nuevo”; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.»



“El viento que sopla donde quiere.” No puedes predecir y controlar el origen y el final de su acción. No puedes domesticar al Espíritu.

El Evangelio nos convoca a una dinámica de fidelidad creativa constante. La misma a la que nos llama hoy nuestra Institución: *“Este ejercicio de recreación Hospitalaria no es fácil, pero lo hacemos con paz, sin temores, con esperanza”* (MII).

El Vaticano II nos ha recordado que el identificar e interpretar ese *“viento del Espíritu”* es una tarea de todo el pueblo de Dios, de toda la Comunidad Hospitalaria.

1Jn 1,5-2,2 • Sl 102 • Mt 11,25-30

En aquel tiempo, exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.»



Las palabras de Jesús, “venid a mí todos los que estáis cansados”, regalan bálsamo a quienes hemos sido alcanzados por el cansancio en la misión hospitalaria. San Benito Menni recoge este texto (C 468) y repite una y otra vez, como reiterada nota musical a lo largo de sus cartas, esa invitación a “descansar en Él”.

“Respondiendo a esta invitación (Const 43)”, adentrémonos en la experiencia de su Amor pues, una vez Resucitado, “su Corazón” tiene siempre la “puerta abierta”; allí encontraremos “descanso verdadero y sólido, bondad y misericordia, confianza y tranquilidad, paz y fortaleza, alegría y felicidad”.

Hch 5,17-26 • Sl 33 • **Jn 3,16-21**

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.



Muchos hemos crecido con una visión moralista desde la que consideramos buena o mala a una persona según sus obras. Y solemos poner como referencia de esa bondad o maldad al mismo Evangelio.

Deberíamos releer con atención el texto de hoy para darnos cuenta que no hay nada más lejano al Dios de Jesús de Nazaret que esta intencionalidad de juicio moral.

“Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.” En Dios, la misericordia siempre va por delante. ¿Y en nosotros?